
Aquellos días de abril

Josep Borrell

Al acabar, abril nos trae dos recuerdos: la caída de la dictadura en Portugal y el accidente nuclear de Chernobil. Los claveles de Lisboa florecieron 32 años atrás y este año se cumple el 20º aniversario de la tragedia de Chernobil.

Hoy sabemos que la estimación del impacto de su nube radioactiva sobre la geografía europea fue muy inferior a la real. ¿Por incapacidad de medirlo o por un intento deliberado de ocultarlo? Probablemente no lo sabremos nunca, pero en Francia, por ejemplo, se estimaron entonces entre 25 y 500 becquerels/m² y ahora se calcula que el orden de magnitud fue mil veces superior.

La superficie contaminada por la catástrofe cubrió una extensión similar a la de Bélgica. Diez años después, se evaluaban en 20.000 las víctimas por contaminación directa o por consecuencias indirectas de la catástrofe. Pero aproximadamente otras 300.000 quedaron afectadas por distintos tipos de cáncer y según la ONU todavía se producirán cerca de otros 100.000 casos de cáncer debidos a las radiaciones emitidas.

Mas grave es preguntarse qué hubiera pasado si los liquidadores, como se llama a los trabajadores que contuvieron la catástrofe a costa de su vida, no hubieran podido evitar que los otros tres reactores de Chernobil explotaran también.

Esos hombres, menos honrados y recordados que los capitanes del abril portugués, son los verdaderos héroes de esos días. La desinformación sobre lo que allí ocurrió nos ha hecho olvidar que salvaron a su país y a Europa. Su monumento es el sarcófago de hormigón que construyeron, mientras la radioactividad les devoraba, para contener el fuego nuclear.

El Parlamento Europeo les rindió homenaje en su último pleno, donde tuvo lugar un debate sobre los veinte años de Chernobil. En él se pidió incrementar la seguridad de las instalaciones nucleares y se recordó que la Unión Europea ha destinado más de 500 millones de euros a algunas ex republicas soviéticas para temas relacionados con la seguridad nuclear.

Pero el debate de fondo, que la ocasión teñía de dramatismo, era el futuro de la energía nuclear y las relaciones energéticas con Rusia.

Con el precio del crudo por encima de 70 dólares y Kioto sobre las cabezas de los gobiernos, por no hablar de la cuestión nuclear iraní, Europa se pregunta si seguir adelante con la energía nuclear o abandonarla definitivamente.

Los planteamientos en el debate de Estrasburgo fueron tan variados como lo son las respuestas que cada país de la UE está dando a la cuestión. En España se produce el primer cierre programado de una central nuclear pero en Finlandia deciden, por referéndum, volver a construirlas. Los países bálticos cierran a regañadientes los reactores tipo Chernobil que heredaron, pero se proponen unirse para construir otros nuevos porque es la única respuesta que ven a su seguridad energética. La gran coalición alemana mantiene su oposición pero el debate está servido en el Reino Unido y en otros países.

La cuestión es de hondo calado porque la energía nuclear, a pesar de la excepcional importancia que tiene en Francia, no aporta más que el 6% del consumo energético final europeo. Si debe garantizar nuestra seguridad energética no estaríamos hablando de incrementos marginales del parque nuclear sino de multiplicarlo por 10, con todo lo que ello implica.

Pero, de una forma u otra, la humanidad tiene que afrontar el fin del petróleo que anuncia ya el tercer *shock* petrolero de la historia que estamos viviendo.

Este *shock* es distinto de los anteriores. La falta de inversiones en la capacidad de refino en las últimas décadas y los problemas de algunos países productores (Irak, Irán, Nigeria, Venezuela, México) han afectado sin duda la oferta.

Pero gran parte del aumento de los precios está causado por un incremento de la demanda provocado por el *boom* de China y en menor medida de India.

La demanda china se ha duplicado entre 1995 y el 2005 hasta alcanzar 6,8 millones de barriles al día (mbd). Desde el 2003, China es el segundo consumidor mundial, superando a Japón.

Esta creciente demanda de petróleo por parte de China está alterando de manera significativa la geopolítica internacional de la energía. Para calmar su sed de petróleo, el dragón chino coloca su seguridad energética en el centro de su política exterior, algo que los europeos también nos proponemos hacer. Y más vale que lo hagamos cuanto antes. Las últimas manifestaciones de altos cargos de Gazprom anunciando la posibilidad de que dejen de exportar gas de manera prioritaria a Europa en un futuro no muy lejano ilustran nuestra vulnerabilidad energética.

Desde esa crisis del gas ruso-ucraniana, la UE ha colocado la política energética en el centro de su debate. Pero hasta ahora no ha sido capaz de crear un verdadero mercado energético común y los

Estados defienden sus capacidades de decisión en uno de los últimos reductos de su soberanía.

La Comisión, con su libro verde recientemente publicado, concibe la estrategia energética para Europa basada en tres pilares: el desarrollo sostenible, la seguridad en el abastecimiento y la diversificación de las fuentes de energía.

Diversificación significa substituir buena parte de los combustibles fósiles por otras fuentes de energía. El gran debate que esta abierto es quién tomara el relevo, si son las energías renovables o los nuevos desarrollos de la tecnología nuclear. Sin olvidar la eficiencia energética e incluso un menor consumo en función de otras maneras de organizar la vida.

En este vigésimo aniversario de la catástrofe nuclear de Chernobil, Europa y el mundo han entrado sin duda en una nueva era de la energía. El debate, sin duda, continuará.
